

PEQUEÑA CRÓNICA DE *Por Juan Antonio* SANTACRUZ *Padrón Albornoz*

Una explosión de color en la calle

La mejor demostración de que Santa Cruz va haciéndose una gran ciudad, a pasos agigantados y como las mejores y mayores del mundo, no está precisamente en sus tímidos remedos de rascacielos.

Tampoco en los rápidos medios de comunicación que la unen con otras ciudades, de su propio rango y categoría, aunque no con sus propios y cercanos barrios.

La demostración de gran ciudad está implícita en algo mucho más simple; en que se ha empezado a perder el temor al ridículo.

Y es que el miedo al ridículo fue siempre una especie de calamidad de tipo nacional.

Todo lo prohibía.

Todo lo malograba.

Miles y miles de ideas geniales se agostaron, marchitaron al calor del omnipresente temor al ridículo.

Sin embargo, era de prever una reacción enérgica y, valgan verdades, ya estamos en ella. Tenían que surgir unos héroes que matasen al dragón. Y ahora se ve, con claridad meridiana, que el tal dragón era una infeliz lagartija que había aprendido a rugir.

El ejemplo vino de la juventud. Mejor dicho: de una parte mínima de ella.

De una legión de jóvenes que—no muy numerosa aún—ha enarbolado la policromía más alegre y estrepitosa.

Pero, al parecer, hay quienes, insatisfechos, han ido aún más allá.

Sus ropas parecen marcadas por un casi irreverente "Plus Ultra" y, llamativas—casi incendiarias—son una verdadera explosión de color en las calles.

Estas características—llamativas, estrepitosas, explosivas—creo son las que hacen que, aún, la nueva moda, si es que de tal se trata, se encuentre empeñada en lucha feroz con el ridículo.

Y, por tanto, resulta en verdad un tanto prematura hablar de quien será, en definitiva, el vencedor.

El caso es que, hace unos días—pocos—en plena calle santacrucera, céntrica por demás, hizo su espectacular aparición un joven ataviado con un pantalón amarillo, pero amarillo a rabiarse, listado de negro. Completaba su atuendo una camisa verde pálido y, como era muy lógico, hubo comentarios para todos los gustos y, claro está, colores.

Mientras tres ancianas profetizaban el fin del mundo a la vista del joven, un señor, también de edad—con el rostro apoplético—le amenazaba desde lejos con su bastón. Alguien opinó—repito que hubieron comentarios para todos los gustos—se trataba, pura y simplemente, y nada más y nada menos, de un "clown" de circo en misión puramente publicitaria.

La verdad es que yo tengo mis dudas sobre esta última opinión. Y es que un circo perdería prestigio con una tan estrepitosa exhibición de colorines.

Yo creo que aquel joven iba propagando el gran día en que el ridículo murió del todo.

En la transitada e intransitable calle era una especie de héroe desconocido que, con los vivos colores de su extraña vestimenta, iba pronunciando el más altisonante, demoledor y silencioso discurso de propaganda.

El héroe iba solo. Esa es la pura verdad. Y con ello demostraba, una vez más, el tópico de que nadie es profeta en su tierra.

Y ojalá que en esta ocasión tal frase, ya común, tenga confirmación. La verdad es que no nos gustaría vivir en un mundo de colorines, que no de color. Y es que los que llevaba el anónimo héroe eran de la más estridente que imaginarse pueda: eran un auténtico grito que, en color, desentonaba con la tranquilidad de la calle provinciana.

Sin embargo, no creo ser quien para legislar en cuestión de vestimenta. Ni creo que nadie pueda hacerlo.

No hay que aplicar a la manera de vestir una especie de "ley seca". No hay que decir: "No vestirás de acuerdo con tu fantasía".

El hacerlo sería atentar a la más cabal de las prerrogativas humanas: el hacer el ridículo.